

conmigo sin mas ventaja que la que os dan vuestro valor y vuestro esfuerzo. Tomáos la molestia de desnudaros de esa cota, y tendreis vuestra espada.

Don Gaspar se enderezó lentamente. Su rostro blanco, frio, inmóvil, ponía miedo. Su lividez parecia presagiar la hora postrera de la vida.

Se quitó el colete, y comenzó á safarse las mangas de la cota.

Cuando quedó no mas con el gambaj, extendió el brazo, y dijo con una sorda voz que parecia salir del fondo de la eternidad:

—Mi espada!.....

—Dadme vuestra espada, Chirinos,—dijo Negromonte al factor, que estaba como los difuntos.

Chirinos dió su espada á D. Pedro; este cedió la suya á D. Gaspar, y se puso en guardia.

A pocos instantes Mendoza recibia en un costado el acero de Negromonte, y se desplomaba sobre el césped sin dar un gemido, y sin la mas ligera convulsion, como si hubiese sido fulminado por el rayo. Sus ojos abiertos, donde la muerte habia extinguido el resplandor del combate, clavaban en el cielo una mirada de través, ya inofensiva, casi lagrimosa y doliente.

.....  
Media hora despues, el jardin y toda la casa estaban desiertos. Por la poterna entraba un hombre con el vestido hecho pedazos, y cubierto completamente de lodo. Se acercó á tomar la linterna que habia quedado puesta sobre el pedestal vacío de una estatua, y al tocarla retrocedió y quedó paralizado con el estupor. A sus piés, y como derribado de aquel pedestal, vió tendido á Mendoza. Aun te-

nia la espada en la mano. Parecía que el último suspiro vagaba todavía sobre sus labios entreabiertos.

El hombre del vestido enlodado contempló largo rato el cadáver de D. Gaspar. Después, como volviendo en sí de una manera repentina, tomó la luz y echó á correr en dirección de las habitaciones. A poco andar tropezó con un cuerpo, y vino á tierra; la mano en que llevaba la luz azotó sobre un charco de sangre, y la otra mano rozó los helados contornos de un rostro humedecido por las primeras gotas de la lluvia.

—Con mil rayos!—exclamó;—qué es lo que sucede en esta casa maldita?..... Oh!..... y esa mujer!..... y Juana!..... y este silencio..... ay!..... aquí ha pasado algo terrible.....

Diciendo esto, volvió á ponerse en pié y siguió adelantando. Llegó á un pórtico, entró, cruzó por varios corredores, vagó por todos los aposentos, gritando en vano el nombre de Isabel, de Juana, y el de algunos de la servidumbre. Tampoco había luz. Los ecos remedaban su voz en el fondo de las tinieblas.....

---



---

## LIBRO SEGUNDO

### RODRIGO DE PAZ

#### 1

Que dirá cómo logró Don Pedro Negromonte poner una víbora en el seno de Don Alonso Estrada.

**L**A casa de D. Alonso Estrada, ese segundo padre de Gaspar de Mendoza, permanecía cerrada, en señal de duelo. Los que pasaban por aquella triste casa, los pobres dispuestos siempre á simpatizar con el dolor, suspiraban considerando á D. Alonso, y rogaban á Dios pusiese una gota de consuelo en aquel corazón que debía estar nadando en amargura, y un poco de sueño en esos párpados enrojecidos y fatigados por el llanto. Muchos vecinos aseguraban haber oído los lamentos que el Sr. Estrada lanzaba en medio de la noche. Pero los pobres vecinos no podían entrar y ver á D. Alonso, como van á verle nuestros lectores. Zuazo, Fray Roque y Albornoz, hallábanse con él en rededor de una pequeña mesa cubierta de blancos manteles, donde resplandecían, entre ra-